



PEDAGOGÍAS AL SERVICIO DE LA EXCELENCIA HUMANA



Antonio Pérez Esclarín

**CUADERNOS CERPE
DE PEDAGOGÍA**

Nº 1

CARACAS, DICIEMBRE 2015

CUADERNOS DIGITALES CERPE DE PEDAGOGÍA

Números publicados:

- Cuaderno nº 1: **Pedagogías al servicio de la excelencia humana**. Antonio Pérez Esclarín.

Centro de Reflexión y Planificación Educativa (CERPE)

Caracas

www.cerpe.org.ve

© CERPE

En esta serie se publican ensayos sobre temas pedagógicos, propuestas y experiencias educativas en las áreas de identidad y misión, pedagogía, pastoral, trabajo con los jóvenes, promoción comunitaria, gestión y evaluación institucional, entre otras, así como también investigaciones académicas evaluadas por el sistema de arbitraje.

Las ideas y las opiniones expresadas en este documento son del autor y no implican la expresión de ninguna opinión institucional, cualquiera que esta fuere, por parte de CERPE.

Se permite la reproducción total o parcial del material, siempre que se cite claramente el título del estudio y datos de la fuente, tanto en medios impresos como en medios digitales.

PEDAGOGÍAS AL SERVICIO DE LA EXCELENCIA HUMANA

Con este escrito de Antonio Pérez Esclarín, CERPE inicia una serie de cuadernos digitales dedicados a la divulgación de trabajos de reflexión y análisis sobre temas pedagógicos de interés para la formación del personal de las instituciones de la Compañía de Jesús, la comunicación de propuestas, programas y experiencias educativas en general, así como también de investigaciones académicas que contribuyan al mejor conocimiento de sus procesos y logros. Para CERPE es una estrategia divulgativa en respuesta a acuerdos de las últimas Asambleas de Educación de la Provincia y, al mismo tiempo, una contribución a la Celebración del Centenario de la Compañía de Jesús en Venezuela (1916-2016).



Pérez Esclarín nos recuerda que el objetivo último de la educación de los jesuitas es formar hombres y mujeres para los demás con los demás, o personas que entienden que el horizonte último de su vida es “en todo amar y servir”. Dicho con las palabras del P. Peter H. Kolvenbach S.J. “hombres y mujeres competentes, conscientes y comprometidos en la compasión”. El Paradigma Pedagógico Ignaciano (PPI) plantea partir de la experiencia y postula la contextualización y la reflexión permanente que lleven a una acción comprometida en la humanización de la sociedad que, a su vez, exige una evaluación objetiva para analizar si estamos logrando lo que pretendemos. Sin embargo, es insuficiente para configurar prácticas pedagógicas que contribuyan a la formación de la excelencia humana desde las 4Cs antes mencionadas, especie de pilares y trasfondo de la educación jesuita. Por ello, nos propone añadir las “pedagogías” de la interioridad, el silencio, la contemplación y el asombro, la escucha y el diálogo, la sensibilidad y la solidaridad, la creatividad y el aprendizaje permanente, la inclusión, la alegría, el amor y la ternura, el esfuerzo y la voluntad, también la pedagogía de la esperanza.

Agradecemos a Pérez Esclarín este valioso aporte, que nos invita a examinar y asegurar la coherencia entre los fines que pretendemos y nuestro hacer educativo, para asegurar la mejora continua de su calidad, en el espíritu del magis ignaciano.

CONTENIDOS

Introducción.....	4
1. Pedagogía de la Interioridad.....	6
2. Pedagogía del Silencio.....	8
3. Pedagogía de la Contemplación y el Asombro.....	9
4. Pedagogía de la Escucha y el Diálogo.....	12
5. Pedagogía de la Sensibilidad y la Solidaridad.....	14
6. Pedagogía de la Creatividad y el Aprendizaje Permanente.....	18
7. Pedagogía de la Inclusión.....	23
8. Pedagogía de la Alegría.....	25
9. Pedagogía del Amor y la Ternura.....	27
10. Pedagogía del Esfuerzo y la Voluntad.....	30
11. Pedagogía de la Esperanza.....	32

INTRODUCCIÓN

Si el objetivo último de la educación de los jesuitas es formar hombres y mujeres para los demás con los demás, o personas que entienden que el horizonte último de su vida es “en todo amar y servir”, educar no puede significar otra cosa que formar para continuar el proyecto iniciado por Jesús de establecer el Reino del Padre, es decir, una sociedad cimentada sobre las bases de la justicia y el amor, fundamento de la verdadera paz.

No olvidemos que educar es despertar personas, ayudarles a desarrollar todas sus potencialidades, para que realicen su vocación y alcancen la plenitud, según la propuesta de Jesús. Dicho con las palabras del P. Peter H. Kolvenbach S.J. ([La Pedagogía Ignaciana Hoy: 1993](#)): “hombres y mujeres competentes, conscientes y comprometidos en la compasión”. Se trata de propiciar la creatividad y autonomía de cada estudiante para que sea capaz de moldearse a sí mismo y hacer de su vida una verdadera obra de arte, al servicio de los demás y de la humanización de nuestras sociedades. Cada persona tiene que ser autor y actor de su propia vida. No mero actor de un guión que otros escriben para él o ella. Autor, actor y también espectador, capaz de mirarse en profundidad, de reflexionar y someter a crítica lo que es y va siendo, lo que hace y cómo lo hace, para discernir si va o no respondiendo a la invitación del “Rey Eternal” ([Los Ejercicios Espirituales](#)).



La pedagogía es el camino por el que maestros y profesores acompañan a los alumnos en su crecimiento y desarrollo. En consecuencia, la pedagogía nos lleva a aterrizar en la práctica, los fines y buenas intenciones, pues nos muestra que sólo es posible educar para..., si educamos en...: en y para la responsabilidad, en y para el servicio, en y para la creatividad, en y para el compromiso... Con frecuencia proclamamos unos fines muy valiosos pero lo que hacemos niega o imposibilita lo que pretendemos. De ahí que la pedagogía exige la reflexión permanente de la práctica (lo que hacemos) para adecuarla a las intencionalidades (lo que pretendemos) y los contextos (la realidad de los alumnos, del centro, del país y del mundo).

El “Paradigma Pedagógico Ignaciano” es un intento de aterrizar las “Características de la Educación de la Compañía de Jesús” (1986), que se nutre de los Ejercicios Espirituales, que pretenden enrumbar la vida en el seguimiento radical de Jesús. Es una pedagogía que parte de la experiencia y postula la contextualización y la reflexión permanente que lleven a una acción comprometida en la humanización de la sociedad (“hombres y mujeres para los demás con los demás”, “en todo amar y servir a todos”), que, a su vez, exige una evaluación objetiva para analizar si estamos logrando lo que pretendemos, y así emprender los cambios necesarios que demuestren coherencia entre lo que pretendemos y lo que hacemos (Pedagogía Ignaciana, un planteamiento práctico: 1993)



Sin embargo, por pensar que se ha escrito mucho sobre la pedagogía ignaciana y muy consciente de que abundan los jesuitas y los laicos ignacianos mucho más competentes y comprometidos que yo, sólo quiero proponerles humildemente una serie de rasgos pedagógicos que tal vez puedan ayudarnos a configurar prácticas y acciones, muy necesarias en los tiempos turbulentos que vivimos, que contribuyen a la formación de la excelencia humana: hombres y mujeres conscientes, competentes, compasivos y comprometidos, cualidades que se explican en el documento con las conclusiones del Seminario Internacional de Pedagogía y Espiritualidad Ignacianas (Secretariado de Educación de la Compañía de Jesús: 2015).



Los rasgos, que a continuación describo, a mi modo de ver, se entroncan en la espiritualidad ignaciana y contribuyen a arrojar algunas luces sobre las 4 Cs antes mencionadas, especie de pilares y trasfondo de la educación jesuita:

- ❖ Pedagogía de la interioridad.
- ❖ Pedagogía del silencio.
- ❖ Pedagogía de la contemplación y el asombro.
- ❖ Pedagogía de la escucha y el diálogo.
- ❖ Pedagogía de la sensibilidad y la solidaridad.
- ❖ Pedagogía de la creatividad y el aprendizaje permanente.
- ❖ Pedagogía de la inclusión.
- ❖ Pedagogía de la alegría.
- ❖ Pedagogía del amor y la ternura.
- ❖ Pedagogía del esfuerzo y la voluntad.
- ❖ Pedagogía de la esperanza.

1. PEDAGOGÍA DE LA INTERIORIDAD

Hoy, es muy necesario y urgente que cultivemos en los alumnos la vida interior, la capacidad de entrar dentro de su corazón para escuchar allí la voz de Dios y su invitación a seguirle, de modo que puedan responderle “con grande ánimo y liberalidad”.



El enorme desarrollo tecnocientífico no se está traduciendo en desarrollo humano. Los seres humanos hemos sido capaces de explorar el espacio, descender a las profundidades de la tierra y de los océanos, pero somos cada vez más incapaces de entrar en nuestra propia interioridad. Llenos de ruidos y de prisas, conectados pero comunicados, atosigados por un exceso de información que nos



desinforma e imposibilita ir a la raíz de los sucesos, nos resulta casi imposible estar a solas con nosotros mismos y escuchar las voces profundas de nuestro corazón. La interioridad es el lugar de las preguntas y los encuentros, de los miedos y las certezas. Pero el hombre exterior no es capaz de formularse preguntas tan esenciales como:

¿quién soy?, ¿cuál es mi misión en la vida?, ¿cómo me imagino una persona realizada y feliz?... Para la inmensa mayoría de las personas, la vida se reduce a una constante, afanosa y astuta fuga de sí mismos. De ahí el clamor cada vez más generalizado de la necesidad de educar la interioridad, la capacidad de estar a solas y en silencio consigo mismo para escuchar las voces de nuestros anhelos más profundos.

La primera necesidad del ser humano es ser él mismo para no quedar atrapado por las fuerzas que el propio hombre ha desarrollado o por los objetos que ha fabricado. Es capaz de crear pero, con frecuencia, se siente esclavo e infeliz porque pierde las riendas de su vida. Es el hombre alienado que vive la tragedia de la falta de identidad personal, anónimo, sin interioridad, sin suelo firme donde apoyar su existencia y que para huir de su vacío ocupa las horas en la acción o en la diversión. Rodeado de medios de comunicación se siente solo, deshabitado.



Estamos ante una contradicción manifiesta: la era de las comunicaciones coincide con el tiempo de la más fría e inhumana soledad; vivimos intoxicados de información, pero cada vez conocemos menos y se aleja de nosotros más y más la sabiduría, que no consiste en saber mucho, sino en ser capaz de ir a lo profundo, de superar la cultura de los rumores, las apariencias, la superficialidad y los chismes. La sabiduría nos induce a vivir bien pues tiene como fin la vida plena, la felicidad.

La interioridad supone recuperar el propio misterio humano, el asombro de la existencia, que posibilita el distanciamiento de toda alienación que vacía y lleva al exilio de sí mismo, y a una vida superficial, frívola y hueca. El viaje a la interioridad nunca equivale a un quedarse estancado en una especie de contemplación estéril o narcisista, ni tiene que ver con algún tipo de evasión o huida de la realidad, sino que es todo lo contrario: sólo si somos capaces de conocernos, valorarnos y estar a gusto con nosotros mismos, podremos salir al encuentro con los demás. La interioridad no es aislamiento, sino el viaje hacia uno mismo para salir de sí mismo. La interioridad lejos de inducir a la soledad y a la

nada, refuerza la comunión profunda y radical con Dios y, desde El, la salida al encuentro con los demás, e incluso al encuentro respetuoso y protector con la naturaleza y con todos los seres creados por Dios.

2. PEDAGOGÍA DEL SILENCIO

Para posibilitar el cultivo de la interioridad, es imprescindible aprender a estar a solas y en silencio. Resulta sorprendente que la educación jesuita que tanto ha promovido el ser contemplativos en la acción, haya descuidado la pedagogía del silencio, pues, como plantea el filósofo catalán [Francesc Torralba](#), el silencio es el gran ausente de la pedagogía. La escuela enseña a hablar, leer y escribir, pero no enseña el valor comunicativo y expresivo del silencio. Ni el niño ni el joven están preparados para el silencio, al que asocian con el castigo. Para ellos, el silencio es algo extraño, insoportable, que hay que cubrir enseguida de palabras y de ruidos. No llegan a comprender que el silencio no consiste meramente en callarse, sino en fijar la atención en algo.



El silencio es la cuna de la palabra auténtica. Así como la pedagogía de la palabra resulta completamente necesaria para describir el mundo, la pedagogía del silencio es absolutamente imprescindible para contemplar el mundo e interiorizarlo. En cierto sentido, la pedagogía del silencio es previa a la de la palabra. La palabra que nace del silencio es una palabra sólida, consistente y firme. Sin silencio, sin reflexión, las palabras se convierten en mera cháchara hueca, en retórica inflada y vacía. Por no saber habitar el silencio, nos volvemos tan superficiales, nos dejamos conducir por propagandas, órdenes, gritos o seducciones de cantos de sirenas, y nuestras palabras, con demasiada frecuencia, son falsas o expresión de emociones nocivas como el rencor, la rabia, la ira, la envidia...

El silencio nos posibilita contemplar nuestra interioridad, convertirnos en espectadores de nuestras vidas, nuestros actos, nuestros pensamientos. Al observarnos en silencio brotan con fuerza las preguntas radicales a las que nos

referimos antes: “¿quién soy?”, “¿para qué vivo?” “¿cuál es mi misión en la vida?”, “¿qué pienso de la muerte y cómo me preparo para ella?...”, es decir, en términos ignacianos, “¿cuál es mi principio y fundamento?, tan esencial para conducir nuestra vida por las sendas de la profundidad, la autenticidad y poder darle una respuesta radical a Jesús que nos invita a seguirle y continuar su misión, como medio de “salvar la vida”, es decir, de llenarla de sentido. A su vez, la contemplación silenciosa del mundo exterior nos sumerge en el misterio que se oculta en todo: un rostro, una sonrisa, una flor, una montaña, una mariposa, un arroyo, o el firmamento cuajado de estrellas, y nos posibilita ser contemplativos en la acción, ver en todo y en todos a Dios creando y amando.



El silencio permite también la contemplación nítida y transparente del otro. Es muy diferente observar un rostro en pleno diálogo, en plena conversación, que observarlo en silencio. La contemplación silenciosa posibilita descubrir su extrañeza, su misterio, su radical humanidad, su absoluta dignidad. Cuando observamos en silencio el rostro de un amigo, del hijo o de la esposa, o de cualquier persona extraña, vemos reflejado en él el misterio mismo de la humanidad.

En Venezuela, donde estamos tan llenos de ruidos y de gritos, y donde las palabras valen tan poco, o se usan para ofender y separar, necesitamos una larga cura de silencio para devolverle a la palabra su valor y su dignidad.

3. PEDAGOGÍA DE LA CONTEMPLACIÓN Y EL ASOMBRO



Los niños nacen con la capacidad natural de asombrarse. El asombro forma parte de sus vidas. Se asombran de lo que les dicen los mayores, de lo que ven en televisión, de los cuentos que les narran. El asombro ilumina sus rostros cuando ven una mariposa, cuando cae del cielo la lluvia, cuando el arcoiris tiñe el cielo de colores, cuando se asoman, mudos de emoción, a la inmensidad del mar. Lo cuenta

de un modo magistral Eduardo Galeano, en “El libro de los abrazos” en esta asombrosa historia:

Diego no conocía el mar. El padre, Santiago Kovadoff, lo llevó a descubrirlo.

Viajaron al sur. El mar estaba más allá de los altos médanos, esperando.



Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, el mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad del mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura.

Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre:

-¡Ayúdame a mirar!

Lamentablemente, y como observa agudamente F. Torralba, el mundo tecnológico está matando esta capacidad de asombro ante el misterio de la vida y de la naturaleza. Los niños y jóvenes de hoy sienten una verdadera fascinación por lo tecnológico, por las máquinas y los artefactos, pero viven, en términos generales, ajenos e indiferentes al mundo natural, a sus manifestaciones y al ciclo de la vida. La invasión de lo tecnológico en sus vidas los hace ciegos a la belleza natural. Con el pretexto de introducir más confort y más calidad de vida, más velocidad en los procesos y más cantidad de información, los convierte en compulsivos consumidores de objetos que se presentan como indispensables para vivir. Metidos en la cápsula tecnológica, son incapaces de auscultar la llamada de la naturaleza.

Mientras uno se embelesa ante el relámpago de una catarata, el vuelo de una mariposa, la inmensidad del llano o la imponente majestuosidad de una montaña, niños y jóvenes no levantan los ojos de la pantalla ni los ojos del teclado mientras cruzan, en carro, el mismo paisaje.



Por ello, junto a la tan necesaria formación ética, creo que hay que incluir también la formación estética, la educación del gusto, de la sensibilidad ante la



belleza. Apreiciar lo bello, respetarlo y cuidarlo son rasgos de personas educadas, que cada día escasean más. Para ello, debemos cultivar la pedagogía de la contemplación y el asombro que nos permitirá degustar la belleza y asombrarnos con las manifestaciones de la naturaleza y el arte, especialmente de la buena música que es un lenguaje universal y expresión del espíritu. De no hacerlo, seguiremos hundiéndonos en la trivialidad y la apariencia, y nos deshumanizaremos cada vez más.

Una educación ignaciana, que pretende el desarrollo integral de la persona, debe educar la mirada y enseñar a contemplar, sobre todo en estos tiempos en que la realidad virtual está apartando a muchos del mundo real. Mirar nos va a permitir ver más allá de las apariencias, de lo obvio y de las máscaras con que muchos se ocultan y tratan de tapar la realidad. Todos necesitamos aprender a mirar para no confundir las imágenes interesadas que nos ofrecen los que quieren robarnos la visión; para ser capaces de admirar las vidas que dan vida, y superar la ceguera programada que pretende que sólo tengamos ojos para los idolillos del mundo del deporte, los espectáculos, y la moda con que tratan de domesticarnos y doblegar nuestros corazones.

La mirada contemplativa nos debe llevar a descubrir en todo la presencia de Dios. Todo en el mundo es revelación de Dios. Todo vocea su presencia. En cada sonido está el eco de su voz, en cada color un destello de su mirada. Todo es revelación, pero no sabemos mirar ni admirar. La mirada contemplativa nos permitirá descubrirlo



jugando con los niños, y si levantamos la mirada, podremos verlo caminar con la nube, desplegar su fuerza en el rayo y descender mansamente con la lluvia. Lo podremos contemplar sonriendo en las flores y agitando con la brisa las hojas de los árboles. Lo podremos contemplar en la canción del agua, en la súplica del

mendigo, en la fatiga del obrero, en la mirada del enamorado y de la mamá que mira embelesada a su hijo y es capaz de embellecerlo cada vez más con la caricia de sus ojos.

La mirada contemplativa debe ser también una mirada fraternal. En un mundo diverso, plural y profundamente inhumano, y en un país como Venezuela



donde estamos rotos y divididos, necesitamos con urgencia aprender a mirarnos para ser capaces de vernos como conciudadanos y hermanos y no como rivales o enemigos. El conciudadano es un compañero con el que se construye un horizonte común, un país cada vez mejor, en el que convivimos en paz a pesar de las diferencias. El ciudadano genuino entiende que la verdadera democracia es un poema de la diversidad y no sólo

tolera, sino que celebra que seamos diferentes. Diferentes pero iguales. Precisamente porque todos somos iguales, todos tenemos el derecho de ser y pensar de un modo diferente dentro, por supuesto, de las normas de la Constitución y de los Derechos Humanos. En consecuencia, la educación debe promover la autonomía y no la sumisión: enseñar a pensar, analizar, argumentar, a defender las propias ideas y escuchar sin ira ni mala conciencia lo que piensan otros.

4. PEDAGOGÍA DE LA ESCUCHA Y EL DIÁLOGO

Hoy, hablamos y hablamos pero escuchamos y nos escuchamos poco. Sin embargo, tenemos dos orejas y una sola boca, lo que parece indicar que deberíamos escuchar el doble de lo que hablamos. Es mucho más difícil aprender a callar, que aprender a hablar. De hecho, y como decía Ernest Hemingway, “se necesitan dos años para aprender a hablar y sesenta para aprender a callar”.



En el mundo contemporáneo y especialmente en Venezuela, necesitamos con urgencia aprender y enseñar a escuchar. Escuchar antes de diagnosticar, de opinar, de juzgar, de descalificar. Escuchar viene del latín: auscultare, término que se lo ha apropiado la medicina, y denota atención y concentración para entender y poder ayudar. Escuchar, en consecuencia, las palabras y los gestos, los dolores y rabias, los gritos de la inseguridad y el miedo. Escuchar lo que se dice y lo que se calla y cómo se dice y por qué se calla. Escuchar también las acciones, la vida, que con frecuencia niegan lo que se proclama en los discursos: “El ruido de lo que eres y haces no me deja escuchar lo que me dices”.

Escuchar para comprender y así poder dialogar. Si yo sólo escucho al que piensa como yo, no estoy escuchando realmente, sino que me estoy escuchando en el otro. El diálogo exige lectura objetiva de la realidad, respeto al otro, humildad para reconocer que uno no es el dueño de la verdad. El que cree que posee la verdad no escucha ni dialoga, sino que trata de imponerla y, al hacerlo, la niega. “La verdad les hará libres”, dijo Jesús; nos libera de la prepotencia, del orgullo, de considerar que todos los que piensan diferente están en el error. Una supuesta verdad que ofende, que oprime en vez de liberar, no puede ser verdad.

El diálogo supone búsqueda, disposición a cambiar, a “dejarse tocar” por las opiniones del otro. En palabras del poeta [Antonio Machado](#): “Tu verdad, no; la verdad. Deja la tuya y ven conmigo a buscarla”. El diálogo verdadero implica voluntad de quererse entender y comprender, disposición a encontrar alternativas positivas para superar los problemas, respeto inquebrantable a la verdad, que detesta y huye de la mentira. Desde la mentira y las medias verdades, desde la manipulación interesada de los hechos, no es posible dialogar.



Necesitamos aprender a escuchar y también escucharnos y para ello, como ya dijimos, necesitamos de más silencio y soledad. El silencio es el fruto de la soledad creadora. Soledad buscada para adentrarse dentro de uno mismo, para comprenderse, escucharse y hablarse. El silencio es la última palabra, la mejor palabra, del encuentro. Sólo el que es capaz de entrar en lo profundo de su propia intimidad y analizar sus palabras,

pensamientos y sentimientos podrá comunicarse en profundidad. Sólo el que es capaz de sumergirse en el silencio podrá escuchar en realidad las voces y los silencios de los otros.

La voz del silencio se hace imprescindible en nuestro mundo tan lleno de ruidos, vaciedad, retórica y palabras huecas, para poder avanzar hacia un diálogo cada vez más rico y humanizador. El silencio crea hombres y mujeres para la escucha y para la comunicación. La persona silenciosa, que sabe escucharse y escuchar, crece hacia adentro, se adentra en lo profundo y es capaz de cultivar palabras verdaderas. Palabras que siembran confianza, que tumban prejuicios y barreras, que construyen puentes.

5. PEDAGOGÍA DE LA SENSIBILIDAD Y LA SOLIDARIDAD

El 10 de diciembre de 1948, cuando el mundo seguía estremecido ante el horror de los campos de exterminio nazi y de la barbarie de la Segunda Guerra Mundial que ocasionó unos 50 millones de muertos, dejó ciudades enteras convertidas en escombros y nos asomó al poder destructor de las armas nucleares, un centenar de países reunidos en París, firmaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “Todos los seres humanos nacen libres y son iguales en dignidad y derechos”. Hoy, después de 67 años de aquella firma solemne, el mundo sigue más desigual e injusto que nunca: el 20% de la población acapara y consume el 80% de los recursos disponibles y el 7,7% de la población emite el 50% de los gases causantes del cambio climático.

Mientras una vaca europea es subvencionada con tres dólares diarios, mil doscientos millones de personas en el mundo, deben vivir con menos de un dólar al día. El gasto militar en el mundo, según la ONU, asciende a más de un billón de dólares al año. Aumenta el gasto militar y aumenta la miseria. Con tan sólo lo que se gasta en armas en diez días, se podría proteger a todos los niños del mundo. La fabricación de armas es la industria más próspera a nivel mundial, seguida por el narcotráfico, que mueve al año unos 500.000 millones



de dólares. El precio de un tanque moderno equivale al presupuesto anual de la FAO ([Organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación](#)). Con el valor de un caza supersónico se podrían poner en funcionamiento 40.000 consultorios de salud. El adiestramiento de un soldado de guerra cuesta al año 64 veces más que educar a un niño en edad escolar, y la cuarta parte de los científicos del mundo se dedican a la investigación militar, mientras escasean los que se dedican a encontrar curas contra enfermedades como el sida, que está despoblando a algunos de los países más pobres de África. Se calcula que una bala cuesta lo mismo que un vaso de leche, y mientras más abundan las balas más escasea la leche.

Según la [ONU](#), cada tres segundos, muere un niño de hambre, 1.200 cada hora. El hambre produce una matanza diaria similar a todos los muertos que ocasionó la bomba nuclear sobre Hiroshima. Sin embargo, si la humanidad se lo propusiera seriamente, el hambre podría ser derrotada hoy fácilmente. Según la

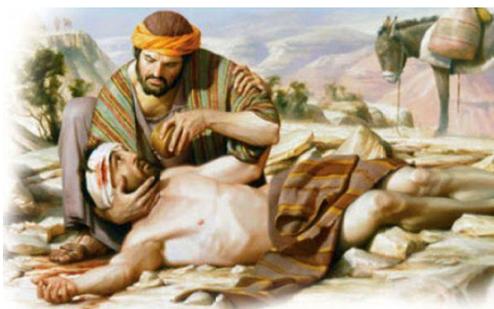
FAO ([Organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación](#)) la agricultura moderna está en capacidad de alimentar a doce mil millones de personas, casi el doble de la población actual. Pero no hay voluntad política para ello. Todas las campañas y propuestas para aliviar la pobreza y la miseria en el mundo han



fracasado estrepitosamente. No hay voluntad política, porque hemos perdido la sensibilidad, la compasión, la misericordia. Según la ONU, con el 1% de lo entregado por los gobiernos para salvar la crisis bancaria en el 2010, sería suficiente para erradicar hoy mismo, el hambre en el mundo. Por ello, [Jean Ziegler](#), exrelator especial de la ONU para el Derecho a la Alimentación, no vacila en catalogar al actual orden mundial como asesino y absurdo: “El orden mundial no es sólo asesino, sino absurdo; pues mata sin necesidad: Hoy ya no existen las fatalidades. Un niño que muere de hambre hoy, muere asesinado”

Estos datos, y otros muchos que podríamos proporcionar, expresan de un modo elocuente la deshumanización de nuestro mundo que va en una dirección opuesta al plan de Dios y, en consecuencia, la necesidad de cambiarlo, según el

Proyecto del Reino. La oración y meditación frente al crucificado nos debe llevar a trabajar para bajar de la cruz a tantas víctimas inocentes que hoy son crucificadas por la miseria, la violencia o la injusticia. De ahí la importancia de educar la sensibilidad, la compasión y la solidaridad.



En palabras de Juan Pablo II, “la solidaridad es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, el bien de todos y cada uno para que todos seamos realmente responsables de todos”. La solidaridad verdadera nos libera de la demagogia y de la retórica, del afán de poder y de tener. El dinamismo de la verdadera solidaridad comienza cuando el otro deja de ser extraño y entra a formar parte de nuestra propia vida, de nuestros sentimientos, preocupaciones y ocupaciones. Tenemos que empezar a sentir el hambre de los otros como nuestra propia hambre, la falta de trabajo de los desempleados como nuestro desempleo, el fracaso de los demás como nuestra derrota; y ser capaces de trabajar por propuestas eficaces para resolver los gravísimos problemas de todos aquellos a los que se les niega una vida digna. Sólo cuando las personas aprenden, a través de procesos educativos, a ver, sentir, sufrir, y vivir por los demás, podemos hablar de una educación que empieza a transformar la vida. La ausencia de esa capacidad de encuentro profundo con los semejantes no sólo es reflejo de procesos de vida y de educación distorsionados, sino que es también la causa de que la sociedad siga sin desarrollar una auténtica cultura de derechos humanos, paz, justicia, democracia y desarrollo.



Por ello, educar en y para la solidaridad exige no sólo ponernos a la par de los que necesitan algo, sino también en contra de quienes representan y desarrollan valores antagónicos a ella como la exclusión, la injusticia, la explotación, el racismo, el machismo, la violencia, el individualismo egoísta e inhumano, que vive en la opulencia y el derroche sin importarle la suerte de los

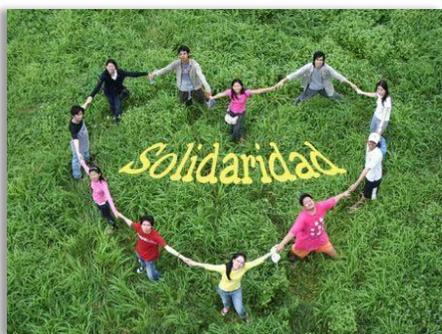
demás. Educar en y para la solidaridad implica, en definitiva, trabajar con ahínco para hacer un mundo mejor, donde todos podamos vivir con dignidad.

Educar en y para la solidaridad va a exigir también educar en y para la austeridad y la sencillez, para que los educandos comprendan que nuestro planeta tierra no aguanta tanta destrucción, que el actual desarrollo consumista no es sustentable, pues si el 20% de los privilegiados consumen casi el 80% de los recursos del planeta, las matemáticas nos demuestran que para que todos pudiéramos vivir con esos niveles de consumo de la minoría privilegiada, se requerirían casi cinco planetas tierra.



Ser solidarios, en suma, es sentirnos siempre al servicio de los hermanos que caminan con nosotros por el sendero de la vida. Sólo una educación en y para la solidaridad basada en el amor al hombre, hermano nuestro en humanidad, ofrecerá esperanza de constituir un fundamento estable a la construcción de una sociedad justa y fraterna.

Si queremos en verdad educar en y para la solidaridad y no meramente hablar de ella y predicarla, los educadores debemos organizar nuestras aulas y



centros educativos como espacios en los que se viva cotidianamente la solidaridad. Esto va a exigir combatir la cultura del individualismo tan enraizada en las prácticas educativas, donde se enseña a competir más que a compartir y donde cada alumno busca su éxito particular sin importarle el fracaso de los demás, para fomentar en cambio el servicio, la cooperación, el

trabajo en equipo, y la ayuda especial a los alumnos más necesitados. Sólo si logramos que todos los alumnos se involucren en los aprendizajes de todos y sean capaces de aportar su colaboración y tiempo en beneficio de los más necesitados, estaremos en verdad educando en y para la solidaridad.

6. PEDAGOGÍA DE LA CREATIVIDAD Y EL APRENDIZAJE PERMANENTE

Nuestro tiempo reclama cada vez más, personas creativas, flexibles, muy competentes. Y esto no sólo para que puedan adaptarse a los cambios vertiginosos y sean capaces de responder a las exigencias de un mercado laboral inseguro y muy cambiante, sino sobre todo para hacer crecer a las personas más que a la economía, pues no tiene sentido un desarrollo económico si no va acompañado del desarrollo humano. De ahí la necesidad de poner la economía al servicio del hombre.

Crear no es sólo un medio de expresar nuestra esencia humana, sino que es también una fuente inagotable de placer. Todos gozamos intensamente cuando inventamos, cuando creamos, cuando producimos, y hasta el cansancio y el estrés suelen alejarse cuando uno se entrega a un trabajo creativo y disfruta haciéndolo. La quiebra de la creatividad nos lleva a una vida mediocre, al escepticismo, al nihilismo, a la desesperanza, y asfixia las potencialidades de ejercer de un modo responsable nuestra ciudadanía como sujetos de la historia y constructores de futuro.



El niño es por naturaleza creador y se va desarrollando como persona a través de su propia acción e investigación. El verdadero desafío de padres y educadores es mantener viva e incluso potenciar esa curiosidad, capacidad de asombro y sensibilidad de los niños. Para ello, es imprescindible promover la capacidad de observar, de imaginar, de proponer, de inventar. Con padres y educadores creativos, tendremos alumnos creadores, capaces de proponer soluciones y resolver problemas o situaciones problemáticas. Educadores rutinarios, que han perdido la capacidad de asombro y conciben el hecho educativo como un ejercicio tedioso y autoritario que cultiva la copia y la repetición, sólo lograrán asfixiar y castrar la capacidad creativa y productiva de los niños.

Uno de los medios esenciales de asfixiar la creatividad es tratar a todos los niños como iguales, cuando son tan diferentes. El primer paso para abrir la escuela a la creatividad es entender que los niños son distintos, que piensan distinto, que les gustan cosas distintas y, en consecuencia, incentivarlos a que hagan cosas originales, a que se animen a imaginar, proponer e inventar, y desarrollar sus potencialidades.



El juego es uno de los medios más creativos que tienen los niños y las niñas y es esencial para su adecuado y normal desarrollo; por eso es preciso que esté presente en sus actividades cotidianas. Se entiende por jugar toda actividad que se hace por puro placer. Se juega por el gusto de jugar, y si bien es fuente importantísima de aprendizaje, su objetivo es disfrutar, no aprender. El juego posibilita descubrir nuevas realidades, y es un medio extraordinario para adaptarse al medio familiar o social. A través del juego el niño conoce a otros niños y hace amistad con ellos, reconoce sus méritos, coopera y se sacrifica por el grupo, aprende a respetar acuerdos y normas. El juego permite al niño inventar, dar rienda suelta a la fantasía, crear reglas; fomenta la comunicación, la expresión; favorece

Otro elemento imprescindible para alimentar su imaginación y creatividad lo constituye la lectura de cuentos, poemas o cualquier texto literario de calidad. De hecho, no creo que haya en la actualidad una mejor manera de desarrollar la imaginación que la lectura de buenos materiales. La lectura sumerge al niño en un mundo mágico que, a diferencia de la televisión que se lo presenta hecho y no requiere ningún esfuerzo, él debe imaginar. La televisión exonera del esfuerzo mental que exige la lectura, y en vez de lectores va formando espectadores, es decir, consumidores pasivos de lo ilusorio. Veamos por ejemplo el siguiente texto:



“El río, plateado de luna, se arrastraba encajonado entre las rocas y, a medida que se acercaba a la cascada, se iba desperezando de su anterior modorra y empezaba a correr con renovados bríos. La mano firme del indígena guiaba con firmeza la canoa para evitar que fuera arrastrada por el torbellino que cada vez aullaba con mayor ferocidad. Sus brazos tensos apretaban con fuerza el timón y su piel brillaba de sudor. La selva se apretaba oscura sobre las orillas del río y los gritos del agua ahogaban el vocerío último de los pájaros que se daban las buenas noches”.

¿No es evidente que el lector tiene que crear en su imaginación la escena que se le describe?

En su muy conocida obra “El Desafío Mundial”, Jean Jaques Servan-Schreiber, llega a afirmar que gran parte del actual poderío económico japonés se debe a que muchos de los gerentes más exitosos, fueron educados cuando niños por sus abuelos que les contaron y leyeron muchas historias y cuentos. Este hecho, según el autor, alimentó su fantasía y su imaginación que sería la raíz de su espíritu emprendedor y creativo, hasta tal punto que a pesar de que Japón cuenta con muy escasas materias primas, se ha convertido en una de las principales potencias económicas mundiales.

De ahí la importancia de superar esa educación rutinaria, repetitiva, aburrida y favorecer la educación creativa y creadora



Hoy se insiste en que el derecho a la educación es derecho al aprendizaje. Aprendizaje permanente, desde la cuna hasta la tumba. Hay que democratizar, en consecuencia, el derecho al aprendizaje y superar el mero derecho a la educación. Los docentes enseñan, pero ¿aprenden los alumnos? ¿Para qué les sirve lo que aprenden? ¿Aprenden a ser mejores, a convivir con los otros diferentes, a resolver problemas, a aprender permanentemente, a lo largo y ancho de toda la vida? ¿Aprenden a ser conscientes de la realidad que están viviendo, a ser cada vez más competentes, compasivos y a comprometerse en la construcción de un mundo nuevo, según Jesús?

No podemos olvidar que los docentes están al servicio del aprendizaje de todos los alumnos, y no al revés. De ahí que la planificación debe partir del contexto, conocimientos y experiencia de los alumnos, de sus saberes e inquietudes, y busca motivarlos para que quieran y puedan aprender y transformarse (no parte del texto ni del programa). Hay que leer la calidad desde el aprendizaje. Hay que garantizar a todos las herramientas esenciales para un aprendizaje autónomo y permanente: lectura de todo tipo de textos y del contexto, de los nuevos lenguajes digitales; escritura como un medio privilegiado para enseñar a pensar, a argumentar, a producir, a crear, a comunicarse; pensamiento lógico, matemático y científico, solución de problemas; ubicación en el espacio y en el tiempo; y actitudes (curiosidad, investigación, trabajo en equipo, deseos de aprender y de hacer las cosas cada vez mejor, exigencia, esfuerzo...)



No olvidemos que el fin no es enseñar, sino lograr que todos los alumnos aprendan lo que tienen que aprender, y que la calidad de un docente se mide por la calidad de los aprendizajes de sus alumnos. Esto va a suponer, principalmente,



educadores que valoran su profesión y la ejercen con orgullo y responsabilidad. Acuden al centro educativo con ilusión, se preparan bien, disfrutan enseñando, comunican su entusiasmo, contagian, planifican para motivar, para lograr que sus alumnos disfruten. Viven en formación permanente para ser mejores y poder ayudar

mejor a sus alumnos. Personas cercanas y cariñosas que se preocupan por los alumnos, en especial por los más carentes y necesitados, los quieren (ellos se sienten queridos, valorados, tomados en cuenta; sienten que el profesor está a su servicio, está para ayudarles); quieren su materia (por eso, siempre están buscando, investigando, leyendo, actualizándose...). Tienen expectativas positivas respecto a todos y cada uno de sus alumnos y se responsabilizan por los resultados.

Organizados en una verdadera comunidad de aprendizaje, el personal del centro educativo asume la calidad como tarea colectiva, que compromete a todos. Todos se plantean como reto, tanto personal como colectivo, mejorar, superarse, ir siempre más allá (magis). Esto implica estar activamente comprometidos en combatir y superar la cultura de la rutina, de la tarea, del conformismo, de los rituales burocráticos, para hacer de cada centro educativo una organización inteligente, que aprende permanentemente de lo que hace.

El genuino aprendizaje implica cambio en la conducta. Si no hay cambio, no hay aprendizaje. De ahí que lo verdaderamente difícil para aprender a aprender, es aprender a desaprender, a transformar la rutina y los modos de hacer las cosas que se han enquistado en la cultura escolar. La organización inteligente es una organización que se autocorrigue y se renueva.

Todos aprenden y aprenden de todos. Cada miembro (directivo, docente, administrativo, obrero, padres y representantes...) se siente parte importante e insustituible de la organización, identificado con su misión y como tal comprometido en su mejora continua, en la solución de los problemas y la superación de las



dificultades. Más que como docente de un grado o de una materia, o como ejecutor de una tarea, cada uno se percibe como educador y miembro de un proyecto. La identidad con la misión del centro le exige involucrarse activamente en su mejora continua, en la superación de los problemas y en la transformación permanente. De esta forma, la fidelidad no es tanto con la memoria (el pasado), sino con la imaginación (creatividad). Cada uno se percibe no como un trabajador que cumple con las tareas asignadas, sino como protagonista de los cambios educativos necesarios, como creador de nuevo currículo, de nuevas relaciones, como gestor de la nueva educación de calidad que se pretende.

Cuando un centro educativo se decide a aprender en serio entra en un círculo vivificador: es un centro en el que se experimenta, se reflexiona, se investiga, se innova, se escribe, se difunde, se lee, se comparte, se compromete. En ese centro, no hay lugar ni para solitarios ni para insolidarios.

7. PEDAGOGÍA DE LA INCLUSIÓN

En general, la exclusión escolar reproduce y consolida la exclusión social. Son precisamente los alumnos que más necesitan de la escuela los que no ingresan en ella, o los que la abandonan antes de tiempo, sin haber adquirido las competencias



mínimas esenciales para un desarrollo autónomo, para una convivencia democrática y para insertarse productivamente en la sociedad. Las escuelas de los pobres suelen ser unas pobres escuelas que contribuyen a reproducir la pobreza. Si a todos nos parecería inconcebible que los hospitales y clínicas

enviaran a sus casas a los enfermos más graves o que requieren atención o cuidados especiales, todos aceptamos sin problemas que los centros educativos dejen fuera o en el camino a los alumnos más necesitados y problemáticos y se vayan quedando sólo con los mejores. Esta práctica contradice el pensamiento ignaciano que insiste, en coherencia con la práctica de Jesús, en que se debe privilegiar a los más pobres y carentes y tratarlos con especial atención y cariño, pues son los sujetos predilectos del Reino.

Pero el problema de la inclusión es mucho más complejo de lo que se nos quiere hacer creer. La verdadera inclusión implica, en primer lugar, no sólo incluir a los que no han tenido oportunidades, sino retenerlos en el sistema educativo el mayor tiempo posible para que no lo abandonen. Esto va a suponer implementar una pedagogía activa, pertinente y productiva, para que los alumnos se sientan a gusto estudiando, desarrollen el deseo de aprender permanentemente y palpén la utilidad y pertinencia de sus estudios. Este es el sentido del tan cacareado principio de “educar para la vida” y no meramente para continuar en el sistema educativo.

En segundo lugar, la inclusión implica también proporcionarles a todos los alumnos las competencias esenciales para que se integren productivamente en la sociedad y puedan continuar aprendiendo por su cuenta, pues si no, si sólo tienen títulos y no



una buena formación o capacitación para valerse por sí mismos e integrarse positivamente al mundo laboral, la sociedad va a excluirlos posteriormente. Puede resultar profundamente excluyente y a la larga muy frustrante, regalar títulos sin las exigencias académicas requeridas, títulos que no garantizan las competencias y saberes necesarios para seguir estudiando o ejercer una profesión adecuadamente.

En tercer lugar, la inclusión implica dotar a los alumnos de una sólida formación ética y ciudadana para que se conviertan en incluidores de todos: tanto de los que piensan como ellos como de los que piensan diferente; incluidores que trabajan por un mundo donde nadie sea excluido del derecho a una vida digna, es decir, comprometidos con la transformación social.

De ahí la necesidad de practicar la discriminación positiva, es decir, privilegiar y atender mejor a los que tienen más carencias y problemas, para así compensar en lo posible las desigualdades de origen y evitar agrandar las diferencias. Esto va a exigir, sobre todo en las escuelas que atienden a los más necesitados, jornadas de trabajo más extensas y más intensas; dotación de buenas bibliotecas y utilización creativa de ellas; comedores escolares no como fines en sí mismos, sino como medios para favorecer el aprendizaje; salas tecnológicas y programas y capacitación adecuada de los docentes para que utilicen las nuevas tecnologías como recursos para el aprendizaje; talleres y laboratorios que favorezcan la pedagogía activa y la investigación; canchas deportivas amplias y buenos programas de educación física y deportes; lugares para estudiar e investigar con comodidad; actividades extraescolares atractivas y grupos culturales, deportivos, de música, de trabajo social, de apostolado... La experiencia demuestra que, para promover la calidad, no es suficiente la dotación de recursos (incluyendo los textos y las computadoras) o proporcionar alimentación a los alumnos sin una transformación de la pedagogía y una reorientación de las actividades y tiempos escolares.



La inclusión va a exigir, sobre todo, trabajar para lograr los mejores maestros y profesores, con vocación de servicio, orgullosos de su profesión, con expectativas positivas de sí mismos y de cada uno de sus alumnos, motivados y que disfrutan

enseñando. Educadores en formación permanente, ya no para engordar currículos, sino para desempeñar mejor su labor y servir con mayor eficacia a los alumnos, sobre todo a los más carentes y necesitados, capaces de impulsar una pedagogía que promueva la motivación, autoestima y deseos de aprender de sus alumnos. Un buen maestro, un buen profesor, bien formados, cercanos y cariñosos, pueden ser la diferencia entre un pupitre ocupado o un pupitre vacío, entre una vida superficial o una vida con sentido. De ahí la importancia de implementar programas de formación permanente que conviertan al educador en un “profesional de la reflexión sobre el ser, el hacer y el acontecer”: sobre su persona y sus valores, sobre la práctica pedagógica y organizativa, y sobre lo que sucede en el aula, en el colegio, en la comunidad, en el barrio, en el país y el mundo.

8. PEDAGOGÍA DE LA ALEGRÍA



La alegría es un valor fundamental del ser humano. Por ello, hay que proponerla y cultivarla. Al alumno hay que tratarlo con alegría que es el signo que acompaña siempre a cualquier tarea creadora. Hacer feliz a un niño es ayudarlo a ser bueno. Si hay alegría, hay motivación, deseos de aprender.

La alegría afirma la existencia de cada alumno. Si el educador no se alegra por la existencia de su alumno, en el fondo lo está rechazando y negando. En consecuencia, la pedagogía de la alegría sólo será posible si cada educador acude con el “corazón maquillado” de dicha al encuentro gozoso con sus alumnos. El maestro o profesor debe ser el personaje más entusiasta y gozoso del salón. Si él está alegre, convertirá su salón en una fiesta, pero si está amargado o ha perdido la ilusión, su clase será un fastidio. Un educador alegre se esfuerza por apartar sus preocupaciones y problemas y se mantiene siempre positivo y cercano, con una sonrisa en sus labios. Una sonrisa negada a un estudiante puede convertirse en un pupitre o una silla vacíos.

En momentos en que, ante la inseguridad y la violencia, impera la cultura de la muerte, los centros educativos deben ser recintos de vida, donde todos los alumnos se sientan a gusto, seguros y felices. Las aulas y todos los recintos escolares deben invitar a la alegría y ser atractivos en lo físico y en el ambiente irradiador de aceptación, comprensión, ayuda. Con frecuencia, el ambiente de los recintos escolares y de sus alrededores, el abandono, el descuido, la suciedad, la frialdad desnuda de los salones, y unas relaciones centradas en el autoritarismo y el miedo, traen mucha niebla de desmotivación y fastidio. Si pretendemos una educación en la alegría, cada plantel tiene que ser un manantial de confianza y amistad, un espacio digno, pulcro, que irradie vida y donde todos se sientan bien.



Quedan, en consecuencia, prohibidas las caras largas, las palabras ofensivas y desestimulantes, las amenazas, los gritos, las normas sin comprensión, los ejercicios tediosos y aburridos, las memorizaciones sin entender, los aprendizajes sin sentido. Hay que volver al saber con sabor; hay que recuperar la escuela (scholé) como lugar del disfrute en el trabajo creativo y compartido, pues hemos convertido la enseñanza en algo muy tedioso y aburrido. Necesitamos en consecuencia “recrear” la escuela para que no siga privilegiando la repetición, la copia y el caletre, sino que cultive la imaginación y la creatividad.

Desterremos las jornadas monótonas, siempre iguales. Cada día debe ser una sorpresa, cada actividad una fuente de asombro. Los alumnos acuden al centro educativo no a repetir rituales aburridos, sino a dejarse sorprender por la innovación y la creatividad. Los salones se convierten en talleres y laboratorios donde se aprende a crear y producir y no a copiar y reproducir. La biblioteca ya no será un mero depósito de libros, sino que se convertirá en la casa de la magia y de los sueños, donde se cultivará el amor a los libros. Ir a la biblioteca debe

considerarse un premio. La maestra bibliotecaria debe ser la más soñadora, la más dinámica y creativa, capaz de provocar las ganas de aprender y de crear.

Se trata, en definitiva, de ir desverbalizando la labor educativa. Para ello, los docentes deben aprender a callarse. La palabra del docente que ocupa generalmente la mayor parte de los tiempos educativos, debe ceder lugar al trabajo organizado de los alumnos.

9. PEDAGOGÍA DEL AMOR Y LA TERNURA

Los Ejercicios Espirituales tienen como finalidad ayudar a vivir en el amor y en el servicio, como respuesta radical a la invitación de Jesús a seguirle y proseguir su misión de construir un mundo fraternal.

El amor es el principio pedagógico esencial. De muy poco va a servir que un docente se haya graduado con excelentes calificaciones en las universidades más prestigiosas, si carece de este principio.

En educación es imposible ser efectivo sin ser afectivo. No es posible calidad sin calidez. Ningún método, ninguna técnica, ningún currículo por abultado que sea, puede reemplazar al afecto en educación. Amor se escribe con “a” de ayuda, apoyo, ánimo, aliento, asombro, acompañamiento, amistad. El educador

es un amigo que ayuda a cada alumno, especialmente a los más carentes y necesitados, a superarse, a crecer, a ser mejores.



Amar significa aceptar al alumno como es, siempre original y distinto a mí y a los demás alumnos, afirmar su valía y dignidad, más allá de si me cae bien o mal, de si lo encuentro simpático o antipático, de si es inteligente o lento en su aprendizaje, de si se muestra interesado o desinteresado. El amor genera confianza y seguridad. Es muy importante que el niño se sienta en la escuela, desde el primer día, aceptado, valorado y seguro. Sólo en una atmósfera de seguridad, alegría y confianza podrá florecer la sensibilidad, el respeto mutuo y la motivación, tan esenciales para un aprendizaje autónomo. Hacer niños felices es levantar

personas buenas. Educar es un acto de amor mutuo. Es muy difícil crear un clima propicio al aprendizaje si no hay relaciones cordiales y afectuosas entre el profesor y el alumno, si uno rechaza o no acepta al otro.

El amor es también paciente y sabe esperar. Por eso, respeta los ritmos y modos de aprender de cada alumno y siempre está dispuesto a brindar una nueva oportunidad. La educación es una siembra a largo plazo y no siempre se ven los frutos. De ahí que la paciencia se alimenta de esperanza, de una fe imperecedera en las posibilidades de superación de cada persona. La paciencia esperanzada impide el desánimo y la contaminación de esa cultura del pesimismo y la resignación que parecen haberse instalado en tantos centros educativos.



Para ser paciente, uno tiene que tener el corazón en paz. Sólo así será capaz de comprender, sin perder los estribos, situaciones inesperadas o conductas inapropiadas, y podrá asumir las situaciones conflictivas como verdaderas oportunidades para educar. La paciencia evita las agresiones, insultos o descalificaciones, tan comunes en el proceso educativo cuando uno “pierde la paciencia”. El amor paciente no etiqueta a las personas, respeta siempre, no guarda rencores, no promueve venganzas; perdona sin condiciones, motiva y anima, no pierde nunca la esperanza.



Amar no es consentir, sobreproteger, regalar notas, dejar hacer. El amor no se fija en las carencias del alumno sino más bien, en sus talentos y potencialidades. El amor no crea dependencia, sino que da alas a la libertad e impulsa a ser mejor. Busca el bien-ser y no sólo el bienestar de los demás. Ama el maestro que cree en cada alumno y lo acepta y valora como es, con su cultura, su familia, sus carencias, sus talentos, sus heridas, sus problemas, su lenguaje, sus sueños, miedos e ilusiones; celebra y se alegra de los éxitos de cada uno

aunque sean parciales; y siempre está dispuesto a ayudarle para que llegue tan lejos como le sea posible en su crecimiento y desarrollo integral. Por ello, se esfuerza por conocer la realidad familiar y social de cada alumno para, a partir de ella, y a poder ser con la alianza de la familia, poder brindarle un mejor servicio educativo.

Algunos, en vez de hablar de la pedagogía del amor, prefieren hablar de la pedagogía de la ternura para enfatizar ese arte de educar con cariño, con sensibilidad, para alimentar la autoestima, sanar las heridas y superar los complejos de inferioridad o incapacidad. Es una pedagogía que evita herir, comparar, discriminar por motivos religiosos, raciales, físicos, sociales o culturales. La pedagogía de la ternura se opone a la pedagogía de la violencia y en vez de aceptar el dicho de que “la letra con sangre entra”, propone más bien el de “la letra con cariño entra”; en vez de “quien bien te quiere te hará llorar”, “quien bien te quiere te hará feliz”.

La pedagogía del amor o pedagogía de la ternura es reconocimiento de diferencias, capacidad para comprender y tolerar, para dialogar y llegar a acuerdos, para soñar y reír, para enfrentar la adversidad y aprender de las derrotas y de los fracasos, tanto como de los aciertos y los éxitos.



La ternura es encariñamiento con lo que hacemos y lo que somos, es deseo de transformarnos y ser cada vez más grandes y mejores. Por esto, ternura también es exigencia, compromiso, responsabilidad, rigor, cumplimiento, trabajo sistemático, dedicación y esfuerzo, crítica permanente y fraterna. En consecuencia, no promueve el dejar hacer o deja pasar, ni el caos, el desorden o la indisciplina; por el contrario, promueve la construcción de normas de manera colectiva, que partan de las convicciones y sentimientos y que suponen la motivación necesaria para que se cumplan.

10. PEDAGOGÍA DEL ESFUERZO Y LA VOLUNTAD

Nada importante se ha logrado nunca sin esfuerzo, sin coraje, sin entusiasmo, sin pasión. De la comodidad, la flojera y la rutina no suele salir nada

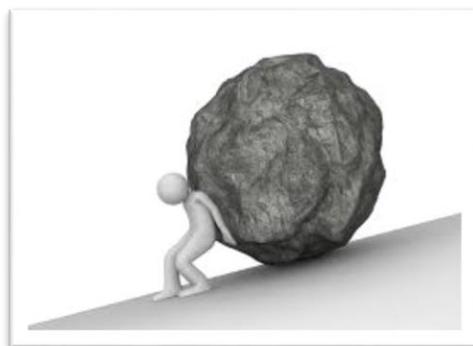


valioso o importante. Los Ejercicios Espirituales

son una escuela para forjar el carácter y seguir a Jesús con radicalidad, hasta estar dispuestos como El a dar la vida, es decir, a enfrentar con decisión los obstáculos y dificultades y convertir cada experiencia, por dolorosa y difícil que sea, en una ocasión de servir a Dios y al proyecto de Jesús. En consecuencia, la formación del carácter y la

voluntad es especialmente importante y necesario en estos tiempos postmodernos, donde se nos va imponiendo la cultura de lo light, de la que resultan vidas sin coraje, personas caprichosas, débiles, hasta el punto en que ya muchos no se atreven a preguntarse lo que deben hacer, sino que terminan haciendo siempre y sólo lo que les provoca hacer.

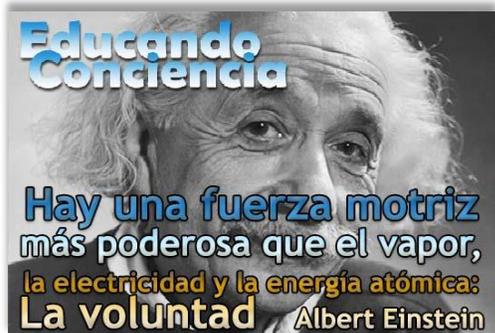
La palabra voluntad procede del latín, voluntas, que significa querer. La voluntad tiene que ver con el esfuerzo, con la motivación, con el desear, querer o decidir. Cuando uno quiere de verdad algo, se esfuerza por conseguirlo, lucha, se sacrifica. De ahí que entendemos que una persona tiene voluntad cuando la vemos con coraje, con decisión, comprometida seriamente en alcanzar sus metas. Por lo contrario, cuando vemos a una persona sin empeño, incapaz de esforzarse, de superar sus vicios, de encarar sus problemas, decimos que le falta voluntad. La invitación a salir a las nuevas fronteras, a seguir con radicalidad a Jesús, a ir siempre más allá y a dar lo máximo (el magis), implican una voluntad y un coraje acerados en la oración y en las fuentes de una sólida espiritualidad.



No educar la voluntad supone huir del esfuerzo y la superación personal y formar personas esclavas de sus apetencias y, por ello, objeto de la manipulación política y de la publicidad, las modas o las propagandas. Los grandes triunfos y

logros en la vida suelen ser más fruto de la tenacidad, del esfuerzo de cada día, que de los dones naturales. Sin voluntad, sin esfuerzo, sin entusiasmo, nadie llega lejos ni logra metas importantes. Y no será un verdadero seguidor de Jesús, dispuesto a aceptar por igual salud o enfermedad, éxito o fracaso, bienestar o pobreza. Una voluntad recia no se consigue de la noche a la mañana. Aquí también, para lograr la musculatura de la voluntad se requiere mucha ejercitación y mucha oración.

En nuestro mundo permisivo de hoy, suena raro y hasta anticuado hablar de la educación del carácter y la voluntad. De hecho, numerosos padres se sacrifican para proporcionar a sus hijos una buena educación intelectual que, si está a su alcance, tratan de complementar con una serie de actividades extracurriculares (cursos de inglés, de música, de natación...). Además les proporcionan enseguida



las computadoras último modelo y los aparatos electrónicos más sofisticados que les permiten ciertamente vivir superinformados y, por lo general, los sumergen en un mundo de trivialidades y chismes, pero no parecen preocuparse por la formación del temple, del carácter. De este modo, estamos contribuyendo a levantar

generaciones de niños y jóvenes caprichosos, superficiales, débiles interiormente, indefensos ante el futuro que les espera, que se convertirán pronto en hombres y mujeres sin principios firmes, manejados como veletas por la publicidad y las modas, incapaces de salir de sí mismos, incapaces en consecuencia de amar, pues el amor supone voluntad y capacidad de entrega y sacrificio.

Es muy importante que padres y maestros, tan preocupados por el desarrollo intelectual de hijos y alumnos, entiendan que sirve de muy poco desarrollar la inteligencia sin formar la voluntad. De hecho, los alumnos verdaderamente inteligentes comprenden pronto que sin desarrollar la voluntad no lograrán nada importante en la vida y que, sin esfuerzo, no es posible lograr las metas que uno se propone. ¡Cuántas inteligencias brillantes han fracasado por carecer de voluntad!

Formar la voluntad supone esfuerzo, orden, constancia, disciplina. De ahí que la educación debe combatir esa cultura del mínimo esfuerzo, del dejar hacer y

empezar a cultivar la exigencia, el vencimiento, el esfuerzo y la pasión por hacer las cosas cada vez mejor (este es también el sentido del magis), en un clima alegre pero también marcado por un orden y una disciplina consensuados y cumplidos que permitan el aprendizaje, la superación y la formación de personas de carácter, capaces de superar su egoísmo y levantarse de su flojera y comodidad.



De hecho, no superaremos el fracaso escolar ni el fracaso en la vida, ni podremos contribuir a humanizar las sociedades, si no sembramos la cultura de la responsabilidad, del trabajo bien hecho, del vencimiento. Niños y jóvenes deben comprender que estudiar y formarse supone esfuerzo, dedicar tiempo, salir de la pasividad, dejar de hacer otras cosas que parecen más placenteras, y que seguir a Jesús exige valor y mucho coraje.

11. PEDAGOGÍA DE LA ESPERANZA

Hoy más que nunca, y precisamente porque el mundo va en una dirección completamente opuesta al proyecto de Jesús, y miles de personas en el mundo son sacadas o excluidas de la posibilidad de una vida digna, la ilusión, el entusiasmo y la esperanza, como dice [Frei Betto](#), “no sólo tienen sentido, sino que se tornan necesarios y urgentes”.



El genuino educador cristiano debe ser un sembrador de esperanza y para ello debe tener el corazón ardido de ilusión y de pasión. No se deja amilanar por los problemas y dificultades, sino que acude cada día con verdadero entusiasmo a asumir la tarea apasionante de ayudar a formar hombres y mujeres nuevos, “para los demás con los demás”, comprometidos en construir una nueva humanidad:

Educar no puede ser meramente un medio de ganarse la vida, sino que tiene que ser un modo de dar vida, de defender la vida, de ganar a la vida a los demás, de provocar las ganas de vivir con autenticidad y con libertad. Por ello, es imposible educar sin esperanza y nadie puede ser educador sin vocación de servicio. El verdadero maestro asume la aventura inacabable, apasionante y, con frecuencia, dolorosa, de permanecer fiel a la tarea de implantar una sociedad justa y tolerante. Educar es apostar por un futuro cada vez más humano, apostar por la esperanza, apostar por el Reino, el proyecto de Jesús.



Tan negativo es el discurso fatalista, inmovilizador, que renuncia a los sueños y niega la vocación histórica de los seres humanos, como el discurso meramente voluntarista, que confunde el cambio con el anuncio y la proclama del cambio, sin considerar si las prácticas son coherentes con los discursos y las buenas intenciones. De ahí que la vida debe testimoniar las proclamas. No es posible un mundo fraternal, con prácticas discriminatorias, no es posible imponer autoritariamente la libertad, ni recoger justicia y equidad con prácticas excluyentes.

Aceptar el sueño de un mundo mejor y adherirse a él, es aceptar participar en el proceso de su creación. Perder la capacidad de soñar y de sorprenderse es perder el derecho a actuar como ciudadanos, como autores y actores de los



cambios necesarios en el ámbito político, económico, social y cultural. Por eso, los educadores ignacianos defendemos con tesón y con pasión el valor de la esperanza, que se arraiga en la fe en el hombre y en la mujer como sujetos de la historia y en la fe en un Dios que nos hizo creadores, que dejó en nuestras manos

la responsabilidad de seguir recreando y perfeccionando el mundo y nos mostró con Jesús el camino para construir la sociedad del amor y vivir la vida en plenitud. Por ello, no renunciamos a soñar y a trabajar por un mundo en el que, como lo

decía [Paulo Freire](#), la paz se asiente sobre la justicia, un mundo en el que nadie –ni individuos, ni pueblos, ni culturas, ni civilizaciones- domine a nadie, nadie robe a nadie, nadie discrimine a nadie, sin ser castigado legalmente. Un mundo profundamente democrático que garantice los derechos de todos y celebre la diversidad como riqueza. Un mundo en el que el poder y la política se asienten sobre la ética, pues su tarea es garantizar las libertades, los derechos y los deberes, la justicia y la equidad.

Por ello, frente al “Pienso, luego existo” cartesiano, o el “Conquisto, luego soy” de Hernán Cortés, que expresan la dinámica de la modernidad; o el “Compro, luego existo”, o el “Consumo, luego soy”, fundamentos de la postmodernidad, los educadores ignacianos levantamos un valiente “Sueño, luego me comprometo y así soy”, de la genuina esperanza. Ser humano significa tener esperanza, que es el nervio de la felicidad.

La esperanza, como lo expresaba [Ernst Bloch](#), es la más humana de las emociones. Ella impide la angustia y el desaliento, pone alas a la voluntad, se orienta hacia la luz y hacia la vida. Sin esperanza, languidece el entusiasmo, se apagan las ganas de vivir y de luchar. La esperanza se opone con fuerza al pragmatismo, que es una deserción mediocre y cobarde en la tarea de construir un mundo mejor.

Los educadores que apostamos por una persona, un futuro, un mundo mejor, no podemos educar sin esperanza. El desencanto, como el miedo, es falta de fe. Para la fe realmente evangélica, enraizada en la paradoja de la cruz, el fracaso no existe; no puede existir el desencanto. [Jürgen Moltmann](#) afirma que la “esperanza es el centro de la fe cristiana”, y [Gabriel Marcel](#) decía que la “esperanza es la tela de la que está hecha nuestra alma”. Debemos pasar del desencanto al reencanto, del pesimismo al entusiasmo. ¡Otro mundo es posible! ¡Otra educación es posible! ¡Otra escuela es posible! [Anatole France](#) decía que “Nunca se da tanto como cuando se da esperanza”, y no hay peor ladrón que el que roba la esperanza.



No podemos renunciar a nuestra vocación de constructores de historia. La educación exige la convicción de que es posible el cambio, implica la esperanza militante de que los seres humanos podemos reinventar el mundo en una dirección ética y estética distinta a la marcha de hoy. Esperanza crítica, no ingenua, que necesita del compromiso y sobre todo del testimonio coherente para hacerse historia concreta.

El Cardenal Suenens declaraba: “Felices los que tienen la audacia de soñar y están dispuestos a pagar el precio necesario para que su sueño tome cuerpo en la Historia”. Pero hay que anunciar y vivir una esperanza creíble. No se trata de esperar sentados. Esperamos andando, caminando, trabajando. Por ello, sólo es



digna de crédito la esperanza que se da, la esperanza que se arriesga, la que lucha contra toda injusticia y contra toda mentira y contra todo conformismo.

Sólo es esperanza cristiana aquella que se alía con los Pobres de la Tierra y “echa con ellos su suerte”, siguiendo a Aquel que fracasó delante de los poderes religiosos, económicos e imperiales, y fue excluido “fuera de la ciudad” como un subversivo maldito colgado de una cruz, pero que es el Resucitado que “hace nuevas todas las cosas”, revolucionando todas las conciencias y todas las estructuras.

Por: Antonio Pérez Esclarín (pesclarin@gmail.com)

[@pesclarin](https://www.instagram.com/pesclarin) www.antonioperezclarin.com

Edición y selección de ilustraciones: Maritza Barrios